



ANALISIS Y DEBATE

4

LA EUROPA DEL ESTE Y CENTRAL, LA IZQUIERDA EUROPEO-OCCIDENTAL Y LA CUESTION ALEMANA

Tilman FICHTER

«Los prerequisites para la reunificación (de Alemania) sólo pueden conseguirse de acuerdo con la Unión Soviética. No pueden obtenerse en Berlín oriental, contra la Unión Soviética ni tampoco sin contar con ella».

(Egon Bahr, en una conferencia dictada en la *Evangelische Akademie* de Tutzing el 15 de junio de 1963)

«Somos a la vez patriotas e internacionalistas. Porque, quiérase o no admitir, lo cierto es que la nación es una realidad que no va a desaparecer en un futuro previsible».

(Willy Brandt, el 28 de enero de 1971 en el *Bundestag* de la República Federal de Alemania).

I.

Cuarenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial aumentan en la población de Europa oriental y en Centroeuropa las resistencias contra la política del «status quo». Pese a la invasión de Checoslovaquia por tropas de los países del Pacto de Varsovia en agosto de 1968, surgió en Polonia, a principios de la década de los años ochenta, primero el «Comité para la auto-defensa de la sociedad» (KOR) y después el movimiento sindical independiente «Solidaridad». Pese a que el 13 de diciembre fue decretada para todo el país la ley marcial, una gran parte de la población sigue negándose a obedecer y no se resigna a la engañosa paz de los cementerios. La principal oposición continúa viva en Polonia y continúa rechazando virtualmente toda colaboración con el Gobierno militar instaurado allí.

Recientemente, también en la República Democrática Alemana, una parte de la generación joven ensayó una protesta antiautoritaria contra el aparato estatal del SED (Partido Socialista Unificado de Alemania). Wolf Bierman, incómodo cantautor, había cantado hace ya once años, antes de que le fuera retirada la ciudadanía de la RDA: «y ¡desde ya!». Lo que desde entonces ha venido imperando en la RDA durante los pasados diez años es un sistema político autoritario, y de vez en cuando hubo también esa pizca de consumismo que el socialismo real consiente. El aparato funcional del SED y el Servicio de Seguridad del Estado (policía política) siguen —lo mismo ahora que antes— sin poder fiarse de la población. Para ello, la actividad de grupos autónomos como la «Iglesia de base», evangélica, la «Iniciativa independiente de los Derechos de Paz y Humanos», los diversos grupos ecologistas, así como las actividades artísticas no estatales radicales en el «Brenzlauer Berg», Leipzig, Dresden y Karl-Marx-Stadt, constituyen graves perturbaciones del orden establecido.

Unos cien defensores de los derechos humanos en la RDA fueron detenidos a finales de enero de 1988 y parte de ellos expulsados del país después de haber participado espontáneamente en una manifestación en homenaje a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, pero con eslóganes propios. Su crimen consistió en haber recordado esta frase de Rosa: «La libertad no es sino la libertad del que piensa de otro modo».

También en Praga, el país del «bravo soldado Schwejk», el pueblo sigue viviendo entre la tutela, la mentalidad consumista y la *Carta 77*. Una muchedumbre juvenil alternativa existe más allá de la organización oficial de la juventud y nuevos grupos de música *pop* y *rock* cantan en antros situados en sótanos las prohibidas canciones de Josef Simon. Frecuentemente, el propio aparato del Estado ya no acierta a saber qué versos de este autor han sido vetados por aquél y cuáles quedan todavía por prohibir. En su poesía dedicada *A las aves*

veinteañeras de la desesperanza se lee, por ejemplo: «No somos sino el asfalto para la pista de carreras de los otros». Un talante escéptico muy parecido queda también reflejado en las poesías de *Stephan Krawczyk*, cantante *agitprop* de la RDA adscrito al movimiento pacifista: «Hay tantos que pitan sus velas con un color que hiede a basura. ¡A cuántos les quebraron ya las alas para que, inertes, los vientos los empujara a la ventura! Así, pues, hay tristeza y rabia entre un creciente número de jóvenes en Berlín, Praga, Budapest, Varsovia y Riga, que también para sus pueblos exigen que, por fin, lleguen la apertura (*glasnost*) y la reestructuración (*perestroika*). Si la policía política de la RDA continúa actuando como hasta ahora, tarde o temprano tendrá que enfrentarse con una rebelión de la juventud que abarcará a todo el territorio del país. Rudi Dutschke, de Luckenwalde, manda saludos.

II.

Los partidos socialdemócratas y socialistas de Europa occidental reaccionan ante estas protestas en la Europa del Este y central con una actitud más o menos expectante y, frecuentemente, incluso apaciguadora. En las centrales de estos partidos se teme por la coexistencia duradera y la política de desarme. (La abierta simpatía de la izquierda francesa por el movimiento sindical polaco «Solidaridad» fue más bien la excepción que confirma la regla. Pero también en París hace mucho que el silencio se cierne sobre «Solidaridad», Adam Michnik y Lech Walesa). Por otro lado, especialmente el partido socialista alemán (SPD) se ha empeñado durante estos últimos años con su política dialogante en prestigiar internacionalmente a la RDA. De esta actitud nace para la socialdemocracia alemana una particular responsabilidad frente a la población de la RDA. Si acaso, la política de paz y coexistencia entre los Estados, por un lado, y la solidaridad con los movimientos que defienden los derechos ciudadanos en la Europa del Este y central, por otro, no debieran excluirse mutuamente. Ahora bien, en la vida cotidiana política, los socialdemócratas y socialistas europeo-occidentales tratan demasiado a menudo con deferencia a los aparatos de partido y Estado para no herir susceptibilidades.

III.

Un fantasma se agita por Europa occidental: la pesadilla de un nuevo «Rapallo» entre los dos Estados fragmentarios alemanes y la URSS. Contra esto previenen dos intelectuales húngaros: Ferenc Fehér y Agnes Heller. En su informe de investigación sobre el tema *Crisis en los sistemas de tipo soviético* manifiestan los siguientes temores: «El principal beneficiario de un nuevo «Rapallo» sólo podría ser la conservadora *nomenklatura* soviética que se afana por mante-

ner intacto el actual sistema de opresión sin las más mínimas reformas internas». Para ella, la eventual creación de una confederación alemana equivaldría a mi «cordón sanitario» en torno a Europa oriental. Por otra parte, una reunificación de los alemanes significaría también —en palabras de Fehér y Heller— el fin del «sistema surgido en Yalta y Potsdam consistente en la repartición del mundo entre las superpotencias en zonas de influencia consensuadas». Este estado de cosas fue señalado ya en 1979 por Horst Ehmke, miembro de la ejecutiva del SPD, cuando escribía: «La división de Alemania tiene su dialéctica europea propia al ser considerada por los pueblos vecinos como algo que coincide con sus intereses, si bien es pagada por aquellos, sobre todo por los pueblos de la Europa del Este, al alto precio de la división de Europa».

Peter Brandt y Günter Minnerup, en agosto de 1987, en las páginas de la revista *Neue Gesellschaft/Frankfurter Hefte*, han tratado de encontrar una respuesta a esos temores e interrogantes perfectamente justificados en Europa oriental: «El temor a la reunificación de Alemania no ha dejado de estar presente también en la Europa del Este, haciendo sentir durante mucho tiempo sus efectos disciplinantes. Fueron especialmente los polacos quienes —confrontados con las pretensiones germano-occidentales de recuperar los antiguos territorios alemanes del Este, formuladas en ocasiones vehementemente— tenían fundadas razones para temer un eventual revanchismo alemán. Las experiencias históricas estaban profundamente enraizadas... Sólo la vivencia de los repetidos bloqueos de cualesquiera reformas internas por la Unión Soviética, combinada con el palidecer, por razones generacionales, de los recuerdos de la guerra, así como el tono más conciliador y las ofertas constructivas de Bonn desde la nueva *Ostpolitik*, generaron en Europa oriental una mayor disposición para pensar radicalmente más allá del «status quo», si bien a veces con connotaciones nacionalistas... que, ya por esta razón, resultaban inquietantes para la izquierda occidental. Pero, ¿qué otras perspectivas le quedan a la oposición europeo-oriental mientras toda conmoción interna en Polonia, Checoslovaquia, Hungría o la RDA amenaza con provocar la intervención soviética?». Como quiere que sigue siendo una cuestión controvertida la de hasta qué punto Gorbachov tiene realmente intenciones de exportar su *perestroika* y *glasnot* a la Europa del Este y central, a la larga, eventualmente, sólo la «finlandización» de la Europa del Este y central en el marco de una confederación alemana que abarcaría a ambos bloques podría constituir la alternativa factible del *status quo*.

Ahora bien: este margen de libertad político-interno para los pueblos de la Europa del Este, sólo lo admitirá la URSS a condición de que los dos Estados alemanes o, en su caso, una confederación alemana garanticen a largo plazo los intereses de seguridad de aquélla. Sin embargo, a semejante construcción, que comprendería a ele-

mentos de ambos bloques, habría que incorporar también los intereses económicos y de política de seguridad de Estados Unidos.

Tilman Fichter

Dicho esto, ¿cuál podría ser la configuración concreta de una confederación alemana? Ambos Estados parciales alemanes deben su origen al conflicto de poder y sistemas de las potencias vencedoras que, con la división de Alemania, hicieron caso omiso del convenio de Potsdam. Los dos Estados fragmentarios quedaron investidos de la pretensión constitucional de representar cada uno la totalidad de Alemania. (Tanto en la Constitución de la República Federal como en las pertinentes sentencias del Tribunal Constitucional de la misma —sobre todo en la del 31 de julio de 1973 referente al Tratado de Bases— se mantiene el imperativo constitucional de la unidad nacional. En la RDA, la pretensión de unidad figuraba en las Constituciones de 1949 y 1968 hasta la revisión de esta última en 1974). Estas realidades políticas fueron tomadas en consideración por primera vez a comienzos de la década de los años setenta por la *Ostpolitik* social-liberal. Se trataba de mantener la cohesión de la nación dentro de la situación de división de la misma en dos Estados, así como de consolidar en la actual constelación de los poderes políticos cuanto aquéllos tienen de común. El tratado cuatripartito sobre Berlín, de 1971, documenta el carácter provisional de esta constelación, mientras que el Tratado de Bases intra-alemán, de 1972, fijaba los prerequisites para la normalización de las relaciones. Su fundamento es el mutuo reconocimiento de la autonomía de los Estados fragmentarios alemanes, si bien, reconociendo las divergentes concepciones de la República Federal y de la RDA en lo concerniente a la «cuestión nacional», definiendo los ámbitos de la cooperación política entre aquellos en el interés de la paz y del desarrollo de relaciones de buena vecindad.

Por tanto, el objetivo de una eventual Confederación Alemana tendría que ser alcanzar una máxima aproximación en todos los ámbitos de la política, teniendo en cuenta que las estructuras sociales, económicas y políticas en los dos Estados alemanes son distintas. Los órganos de la Confederación tendrían que tener una composición paritaria y todos sus miembros gozar de inmunidad en los dos Estados alemanes integrantes de aquélla. Habría una sola nacionalidad alemana: la de ciudadano de la Confederación. (También cabría concebir sendas nacionalidades correspondientes a uno y otro de los dos Estados, frente a las cuales la nacionalidad confederativa gozaría de rango superior).

Ingeborg Drewitz, Herbert Ammon, Peter Brandt y Theodor Schweisfurth esbozaron, en la primavera de 1985, los posibles detalles de una Constitución de estas características. Se sobreentiende que un eventual tratado de paz se concebiría como elemento integrante de un nuevo y real orden de paz europea.

IV.

La guerra de agresión desencadenada por Hitler contra Francia es uno de los motivos, y ciertamente no el menor, de que nuestro vecino del otro lado del Rin sienta desde 1940 un trauma nacional colectivo ante la idea de una Alemania que hubiera recobrado su anterior rescisión de fuerza. Estos sentimientos, comprensibles históricamente, se contradicen con el punto de vista francés, reiterado una y otra vez, de que todo lo que «supera a Yalta» es bueno. Por ello, no es de admirar que —en su discurso pronunciado ante el parlamento alemán con motivo del aniversario del tratado que sellaba la cooperación germano-francesa— el presidente Mitterrand se lamentará, con razón, de la falta de un sistema de seguridad colectiva para Europa. Por eso, y con miras a una paz europea, la izquierda alemana y francesa deberían discutir entre sí con franqueza sus respectivas experiencias, modos de pensar e intereses nacionales tan diferentes entre sí.

Sin embargo, de la difícil relación entre alemanes y franceses, también forma parte la paradoja de que hay miembros de la clase política de París que, si bien aborrecen profundamente a la vencida Alemania nazi, glorifican, no obstante, a algunos intelectuales nacionalsocialistas. Así, por ejemplo, Martín *Heidegger*, precursor del pensamiento utópico étnico-nacionalista, aún es conmemorado por sus adeptos galos cuando en Alemania hacía ya mucho tiempo que se pensaba en voz alta sobre el discurso que pronunció el catedrático de filosofía de Friburgo en 1933 al asumir el rectorado de aquella universidad. A partir de 1945, Heidegger se convirtió en un «filósofo francés» según palabras de Christian Jambet. Fueron discípulos suyos, entre otro, Jean-Paul Sartre, Maurice Merleau-Ponty, Jean Beaufrets, Henri Birault, René Char, Jacques Derrida, Jean-Pierre Faye, Pierre Bourdieu y Michel Foucault. La influencia heideggeriana se hacía sentir tanto entre los marxistas adogmáticos en torno a Lucien Goldmann, como entre los marxistas liberal-conservadores al estilo de Joseph Rovin. Que este coqueteo con el filósofo friburgués custodio del ser no era ningún desliz casual lo prueba la popularidad de Arno Breker y Ernst Jünger alrededor de la Torre Eiffel.

V.

Cuarenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial se va perfilando un cambio en la relación entre Estados Unidos y Europa; así, recientemente, lo ha puesto de manifiesto una vez más el llamado Informe del Pentágono preparado por expertos americanos (entre ellos Fred Ikle, secretario de Estado del Departamento de Defensa, y los ex consejeros de seguridad Kissinger y Brzezinski, así como Albert Wohlstetter). La Administración estadounidense

propugna en la actualidad abiertamente el desacoplamiento nuclear de Europa occidental. En el caso de un conflicto localizado, se pretende evitar una guerra nuclear generalizada.

Por otra parte, Gorbachov está movilizando todas las reservas de fuerza de la sociedad (soviética) poniéndolas al servicio de su «revolución desde arriba». Mantener en territorio de la RDA a 400.000 hombres del ejército rojo resulta, a medio plazo, con mucho, excesivamente costoso para la URSS. Al igual que su modelo, Lenin, Gorbachov buscará probablemente, tarde o temprano, un arreglo germano-soviético o bien entre Europa occidental y la URSS, si bien hay que suponer que está interesado sobre todo en la cooperación industrial con una «boyante Europa capitalista», en palabras de Peter Brandt y Günter Minnerup, que formulan su conclusión en estos términos: «La transformación socialista de Europa occidental sigue siendo, de un modo u otro, la tarea de las izquierdas europeo-occidentales, una tarea en que —y es lo menos que puede decirse— no podrán contar con el apoyo incondicional de los dirigentes del Kremlin, quienes, por intereses propios, tanto económicos como políticos, probablemente preferirían tener a mano regímenes capitalistas dispuestos a cooperar con ellos».

VI.

La mayoría de los alemanes se han negado rotundamente, después de 1945, a analizar y, en su caso, superar las causas del nacionalsocialismo. En cambio, cada vez más habitantes de la República Federal de Alemania se han resignado paulatinamente a la división de su país. El cínico concepto de Adenauer se resumía finalmente en esta fórmula: división en lugar de un nuevo orden social.

En cambio, el presidente del SPD, Kurt Schumacher, permanecía aferrado a la idea de elecciones legislativas directas panalemanas; pretendía de este modo —con la ayuda de la clase obrera industrial en los tradicionales baluartes socialistas de Sajonia, Turingia, Berlín y Brandenburgo— obtener la mayoría absoluta en la primera representación popular constituyente de la posguerra con el fin de imponer así una remodelación de los órdenes económico y social regidos por el capital privado. En lugar de esto, los cristiano-demócratas marginaron el pasado más reciente «oscuro» y apostaron por el prooccidentalismo, el rearme y el capitalismo.

El SPD fue materialmente barrido por esta evolución de las cosas y perdía, sucesivamente, todas las elecciones al parlamento. La mayoría de los alemanes querían olvidar Auschwitz y Stalingrado, borrar las huellas de la contienda, reconstruir sus hogares y entregarse al consumismo, como si nada hubiera pasado. Y así,

después de una nueva y grave derrota electoral del SPD en los comicios legislativos de 1957, la dirección del partido se esforzó —según escribe el sociólogo adogmático Theo Pirker— por una «integración programática» de la socialdemocracia en la «ideología dominante del Gobierno federal», y fue éste el camino que terminó conduciendo al SPD a *Bad Godesberg*, a la llamada Gran Coalición gubernamental de los años 1966 a 1969 y a la posterior aceptación del prooccidentalismo.

Desde entonces, la carga de la más reciente historia de Alemania se reparte de modo desfavorable para la población de la RDA. Según palabras de Heinrich August Winkler, los ciudadanos de la República Federal dejaron atrás la «sombra de Bismarck» y se instalaron —más allá de Bebel y Schumacher— en su ampliada provincia renana. Ahora bien, una política de paz y coexistencia que margina, como meta no realizable hoy por hoy, el principio de autodeterminación en el centro y Este europeos, corre peligro de ser determinada a la postre ya sólo por el pensamiento geopolítico-estratégico.

VII.

A partir de 1967/68 fue cristalizando en la República Federal una cultura antiautoritaria de protesta: los movimientos estudiantiles, feministas, pacifistas y de protesta contra las centrales nucleares, así como varias iniciativas ciudadanas, los grupos de ayuda al Tercer Mundo, el llamado escenario alternativo, el movimiento de los *squatters*, amén de un largo etcétera. Las vicisitudes de estos movimientos que actuaron sobre las masas, modificaron sensiblemente la cultura política en la República Federal. Pero también en la RDA surgió, a partir de 1976, una viva cultura de protesta, cuyo lema Stephan Krawczyk formularía en estos términos: «La vida es breve. / Ya no queda tiempo para abdicaciones». Este credo inspira tanto a los movimientos contestatarios del Este como a los de Occidente: reformas sociales, libertad personal y sensualidad expresiva, aquí y ahora. Ello motiva la esperanza de que el pensamiento antiautoritario en el Este y Oeste vaya a generalizarse de tal modo que las tradiciones autoritarias dejen de representar en Alemania una característica dominante de su cultura política. En tal caso, es seguro que se encontrarían también vías y cauces para revisar la cuestión alemana.

Traducción de Francisco de A. Caballero

Comunicación presentada al Seminario «Socialismo y Nacionalismo» que, organizado por la Fundación Pablo Iglesias, tuvo lugar en Sigüenza el 25 y 26 de marzo de 1988.